

se invoca contra él la ocupacion de la Alsacia y el proyecto de reparticion de los Países Bajos; ciertamente tenía la ambicion de dar á la Francia sus fronteras naturales, pero media un abismo entre este sistema y el de la monarquía conquistadora, á la manera de Luis XIV y de Napoleon. La idea de las fronteras naturales se deriva del principio de nacionalidad, del cual es la garantía; ahora bien, quien dice nacionalidad, excluye toda especie de dominacion universal. ¿Extendía Richelieu demasiado léjos los límites de la Francia? El porvenir responderá á esta pregunta; las naciones son de Dios, y solamente Dios conoce los límites en que deben contenerse.

Hemos hecho justicia á Richelieu; añadiremos que no es del número de los grandes genios con que se honra la humanidad. Los hombres á quienes venera la posteridad son los que guian al género humano hácia el término de sus destinos, son los hombres cuya mirada se dirige al porvenir; Richelieu era, como todos los políticos, el hombre del presente. Estos espíritus, cualquiera que sea su elevacion, sacrifican casi siempre el porvenir al presente. Richelieu derribó todos los obstáculos que encontró en su camino. La aristocracia indisciplinada se rebeló contra el poder real: Richelieu la destruyó, sin pensar que destruyendo un obstáculo y una resistencia, destruía á la vez un elemento de fuerza. Los hugonotes abusaron de la posicion que les habia creado Enrique IV, amenazaban convertirse en un Estado dentro del Estado; Richelieu les quitó todas las garantías que el edicto de Nantes les concedía, sin pensar que la libertad religiosa que les dejaba quedaba á merced de un capricho del poder real. Richelieu no queria una monarquía conquistadora, y sin embargo, la preparó. Su política, admirable bajo el punto de vista del presente, es imprevisora considerada desde el punto de vista del porvenir. Esto sucede con toda política que no tiene en cuenta más que lo útil. ¡Qué distancia entre Gustavo Adolfo y Richelieu! El héroe sueco desatendió la grandeza de su país, su dominacion en el Norte, para consagrar su vida á una idea, la libertad religiosa; este sacrificio á la causa de la humanidad constituirá su gloria eterna.

§ VI.—El catolicismo y el pontificado.

N.º 1.—*La política y la religion.*

La guerra de los treinta años es la lucha suprema del catolicismo y de la Reforma. Reanimada por la revolucion religiosa del siglo XVI, la Iglesia se arma para el combate; una poderosa milicia se extiende por toda la cristiandad y combate á los herejes bajo el estandarte de Cristo; los soldados de Jesus tienen la elevada ambicion de devolver el imperio del mundo al catolicismo. ¿Cuál es el resultado del duelo gigantesco que se llama la guerra de los treinta años? No solamente no consiguió la Iglesia destruir el protestantismo, sino que pierde toda influencia en los destinos de los pueblos: la política se hace ajena á la religion, se seculariza. Es una revolucion inmensa, porque implica la decadencia del cristianismo tradicional. En la Edad Media la religion dominaba en las relaciones sociales de la misma manera que dominaba en las almas. Las cruzadas fueron la manifestacion brillante y gloriosa del imperio que el catolicismo ejercia sobre los espíritus. Habiendo llegado á la cúspide de su poder, la Iglesia tuvo que declinar. A partir del fin de las guerras santas, su influencia política bajó, porque ya entónces quedaron conmovidas las antiguas creencias. Sin embargo, Roma seguia desempeñando un gran papel. Aun en visperas de la Reforma, los reyes consintieron en aceptar de manos de un papa la donacion del nuevo mundo.

La revolucion del siglo XVI produjo efectos aparentemente contradictorios; por una parte reavivó el sentimiento religioso y le dió nueva fuerza; por otra secularizó la sociedad; la Iglesia misma quedó dentro del Estado, al paso que en la Edad Media el Estado estaba dentro de la Iglesia. Y es que el protestantismo no era, como creian los reformadores, un regreso al cristianismo primitivo, sino un primer paso fuera del cristianismo histórico. Este primer paso fué aumentando; la sociedad se separó cada vez más de la religion tradicional, los más grandes intereses se seculariza-

ron. Sin embargo, la Iglesia no podía abandonar sin lucha su dominación; de aquí las guerras religiosas que siguieron á la Reforma. Poco importa que la religion haya sido para los príncipes un fin ó un instrumento; de cualquier manera, ella fué la que inspiró las guerras y las luchas interiores de los siglos XVI y XVII. Los esfuerzos intentados por la Iglesia no impidieron la prosecucion del movimiento inaugurado por el protestantismo, el cual invadió hasta la sociedad católica; los intereses políticos pudieron más que el celo de los ortodoxos. Hubo papas que abrazaron secretamente el partido de los protestantes contra el emperador, campeón de la Iglesia, defensor nato de la Santa Sede. Viéronse reyes cristianísimos haciendo alianza con los herejes y aún con los infieles.

Tal era el estado de los espíritus cuando estalló la guerra de los treinta años. Un nuevo Felipe II, dotado de verdadera piedad, con todo el prestigio de la autoridad imperial, se puso á la cabeza de la reaccion católica. Fernando II fué vencedor en Praga, venció al rey de Dinamarca. Gustavo Adolfo, el primero que hizo retroceder á las águilas imperiales, sucumbió en Lutzen. Después de su muerte el protestantismo retrocedió, no tenía ya defensor; los príncipes que hubieran debido combatir por su causa, hicieron la paz con el emperador, paz engañadora, peor que una derrota. ¿Quién defenderá los intereses de la Reforma? Un príncipe de la Iglesia romana. En vano protestó Richelieu que la guerra era puramente política, que su único objeto era la humillación de la casa de Austria; aquellas protestas no prueban nada contra la evidencia. La reaccion católica fué la que provocó aquella terrible lucha, la que sacó partido de las victorias de Fernando para arruinar á la Reforma; la espoliación de un elector reformado y el edicto de restitución eran actos por lo ménos tan religiosos como políticos. ¿Cuáles eran los enemigos de Fernando? En vano trató Richelieu de mover contra el emperador á los Estados católicos en nombre de la libertad alemana; permanecieron fieles á Fernando; el interés religioso dominó al interés político. ¿Cuáles fueron los enemigos que tuvo que combatir la casa de Austria? Los protestantes de Alemania; las Provincias-Unidas reformadas; el rey de Dinamarca, luterano; el rey de Inglaterra, jefe de la Iglesia anglicana, y por último, el más grande de todos, Gustavo Adolfo, el salva-

dor del protestantismo. ¿Con quién se unió Richelieu para atacar á la casa de Austria? Con los protestantes, y combatió á un emperador que era el campeón decidido de la Iglesia.

La política de Richelieu no era nueva; era la de Francisco I, de Enrique II y de Enrique IV. Lo inaudito era ver que un príncipe de la Iglesia católica se ponía al frente de una liga protestante contra un emperador cuyo propósito declarado era la restauración del catolicismo. Se concibe el escándalo que debieron excitar en el seno del mundo católico las alianzas del cardenal. Los devotos se sublevaron contra el ministro impío que se atrevía á hacer la guerra á la Iglesia. Llovieron folletos, en los cuales se procuraba desacreditar á Richelieu en el concepto de los ortodoxos (1), presentando la guerra suscitada por el elector palatino como una guerra de la herejía contra la religion católica. Entre aquellos libelistas habia un hombre importante, un teólogo, cuyos escritos agitaron durante siglos el mundo católico. Jansenio, partidario severo de la doctrina de San Agustín, era el verdadero órgano del catolicismo tradicional; atacó la política de Richelieu (2), no como se le acusa, por defender á España, de quien era súbdito, sino en defensa de la fe, que á sus ojos dominaba á todas las consideraciones temporales. Escuchemos la protesta de un creyente contra una política que prescindía de la religion:

«La Francia es aliada de las Provincias-Unidas contra la España; abraza el partido del elector palatino contra el emperador. ¿Cuál es el objeto de la lucha? Es preciso ignorar por completó la historia para negar que la insurrección de los Países Bajos contra Felipe II tiene su principio en la religion; la insurrección estalló porque el rey católico quería mantener en su reino las antiguas creencias; la lucha se perpetuó porque se negó constantemente á conceder á los reformados la libertad religiosa. La guerra actual es, pues, la guerra de la Iglesia contra la herejía. Lo mismo sucede con la guerra de Alemania; tiene su origen en los disturbios religiosos de la Bohemia, y no ha dejado de ser la guerra de las

(1) El *Mercurio* de 1626, p. 501, cita los títulos de los diez y ocho volúmenes latinos dirigidos contra la política de RICHELIEU.

(2) En el libro intitulado: *Mars Gallicus, seu de justitia armorum et fœderum regis Gallie* (BAYLE, en la palabra *Jansenio*).

dos confesiones que dividen á la cristiandad. ¿Qué hace, pues, el rey de Francia al unirse á los insurrectos de los Países Bajos y á los rebeldes de Alemania? Arma á los enemigos de la verdadera religion para la destruccion de la fe, que el Hijo de Dios ha traído al género humano. Digo que el rey cristianísimo arma los herejes contra la Iglesia. ¿Quién no sabe, en efecto, que sin su apoyo los Países Bajos hubieran vuelto hace mucho tiempo á la dominacion española, y por consiguiente al seno de la Iglesia? ¿Quién no sabe que los protestantes de Alemania no se sostienen más que por los subsidios pagados por la Francia? Si la herejía es un crimen, ¿qué diremos de un príncipe que abraza el partido de los herejes rebelados contra la Iglesia y contra sus soberanos legítimos? ¿No es cómplice de la herejía? ¿No es cómplice de todos los excesos que se cometen diariamente contra las personas eclesiásticas y contra las cosas sagradas? El rey de Francia responderá de todos estos sacrilegios ante el tribunal de Dios, porque se cometen con su dinero, con sus soldados, con la autoridad de su nombre» (1).

«En vano se dirá, para justificar al rey cristianísimo, que presta auxilio al príncipe despojado por el emperador y no al hereje; que defiende en los Países Bajos su libertad y no su creencia; estas sutiles diferencias no son más que excusas, porque la política y la religion están unidas por vínculos tan íntimos que es imposible separarlas. El rey de Francia acaba de conquistar á Bois-le-Duc; ¿se dirá que la toma de una ciudad no tiene nada que ver con la religion? Considérense las consecuencias de la victoria. ¿A quién perjudica? No solamente al rey de España, sino, ante todo, á la Iglesia católica; sus ministros son perseguidos, sus templos cerrados ó entregados á los protestantes. Todo esto tiene lugar en presencia de los Franceses. ¡Y despues de estas hazañas se querrá sostener que el rey de Francia no ha hecho más que tomar una ciudad, y que no es responsable de los hechos de sus aliados! (2). ¡Se invoca la gloria y la grandeza de la Francia! ¿Desde cuándo se anteponen los intereses del mundo á los de la religion? ¿Somos

(1) *Mars Gallicus*, lib. II, c. 7-10, p. 239-250; lib. II, c. 12, p. 266 y sig.

(2) *Mars Gallicus*, lib. II, c. 13, p. 275.

paganos ó somos cristianos? Que entre los paganos la ley suprema sea la salvacion de la república, no debe extrañarnos, porque no saben nada del reino de los cielos; pero ¿qué debemos pensar de los cristianos, que subordinan el cielo á la tierra, la salvacion eterna á la prosperidad temporal? Ya sé yo que esta es la política del siglo, pero ¿debe ser tal la de un príncipe que se llama rey cristianísimo? ¿Qué dirá el rey cristianísimo al Hijo de Dios el gran día del juicio? *He procurado la grandeza de mi casa á costa de la fe, que es la condicion de la salvacion; poco me ha importado la destruccion de tu imperio con tal que se engrandeciese mi reino.* Y ¿qué dirá Cristo al rey que ha hecho semejante uso del poder que le habia confiado?» (1).

¿Qué acogida tuvieron en la Iglesia oficial, en los galicanos y el papa, estas protestas contra la política mundana del rey de Francia y de su omnipotente ministro? La Sorbona se apresuró á condenar á los adversarios del cardenal, y el clero de Francia confirmó aquella censura: «No es lícito nunca, dicen los arzobispos y obispos congregados en París, levantarse contra el príncipe; la Sagrada Escritura nos manda obedecerle, aún cuando nos quite nuestra libertad, aún cuando nos sobrecargue y nos haga todo el mal que Dios predecia á los que le pidieron un rey..... La rebelion es cosa propia de los herejes; aquéllos, por el menor temor de la religion, apelan á las armas, pisotean las leyes y resisten el poder ordenado de Dios..... El príncipe es árbitro de la paz y de la guerra, y no debe á nadie cuenta de sus actos; porque ¿quién puede decir al rey: ¿por qué has hecho esto?..... El príncipe es el único juez de la legitimidad de las alianzas que contrae. A todos los ataques dirigidos contra la política del rey se podria, pues, contestar simplemente: el rey ha contraído la alianza, porque así lo ha querido; ha emprendido la guerra, porque era justa y razonable, ó por mejor decir, la guerra es justa porque la ha emprendido» (2).

Como se ve, el despotismo de Richelieu ha tenido sus teóricos,

(1) *Mars Gallicus*, lib. II, c. 16-19, p. 296 y sig.

(2) D'ARGENTRÉ, *Collectio Judiciorum*, t. III, Suplemento, p. 231-238. — *Mercurio frances*, t. XI, p. 1068 y sig.

que son los obispos de Francia. A semejante doctrina no habia más que una respuesta, la revolucion de 1789. Prueba que no habia en el alto clero ni una chispa del espiritualismo evangélico. ¡Tratábase de la obediencia debida al príncipe! La cuestion era saber si la religion habia de seguir inspirando á la política, como lo habia hecho en la Edad Media, ó si los reyes no habian de buscar consejo más que en su grandeza. Acabamos de oír la respuesta de la Iglesia de Francia: la religion abdica, se somete al poder real, aun cuando se trate de su existencia. Veamos lo que sucedia en Roma. Los celosos apelaban al soberano pontífice contra el rey cristianísimo, que, despreciando sus deberes, buscaba la ruina de la religion. « El deber del papa, decian, es desenvainar la espada espiritual contra el rey de Francia. Excomulguelo, absuelva á sus súbditos del juramento de fidelidad, emplee el brazo de los príncipes católicos para dar fuerza á su sentencia » (1). Ciertamente, esto es lo que el papa hubiera debido hacer; esto es lo que hubiera hecho Inocencio III, si el rey de Francia hubiera pensado en abrazar el partido de los Albigenses. Pero los celosos que excitaban al santo padre contra Luis XIII no veian que el santo padre era cómplice del rey cristianísimo; el interes político dominaba en Roma lo mismo que en París. El papa deseaba ciertamente la ruina del protestantismo, pero temia más á la dominacion de la casa de Austria; ahora bien, como la destruccion de los protestantes en Alemania hubiera dado al emperador la monarquía que tanto temor inspiraba á la Santa Sede, el vicario de Cristo prefirió inclinarse, al ménos indirectamente, hácia la Francia y sus aliados los protestantes que hácia el emperador, por más que Fernando fuese el campeón decidido de la Iglesia.

Después de la batalla de Leipzig, el emperador envió á Roma al cardenal Pasman á pedir al papa auxilio contra el rey de Suecia, á quien pintaba como otro Atila. Urbano VIII hacia versos y se ocupaba mucho de fortificacion; tenia siempre sobre su mesa poetas y obras de arte militar. Por lo demás, elegido por la influencia de la Francia, era, por esto sólo, hostil á la casa de Austria (2).

(1) *Theologi ad Ludovicum XIII Admonitio*, p. 20.

(2) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, p. 523-528.

Urbano trató al principio de esquivar al intempestivo embajador, haciéndole entender que un cardenal no debia ocuparse de asuntos políticos. Pasman respondió que todos los cristianos estaban obligados á defender la religion; que si la dignidad de cardenal era un obstáculo para su mision, renunciaria á la púrpura, y en caso necesario, iria á Roma en camisa, para hacer presente al papa la ruina inminente del catolicismo en Alemania. Habiéndose decidido Urbano á recibirle, el cardenal le instó para que concediese al emperador un refuerzo en dinero, para que emplease sus buenos oficios y su autoridad para obligar al rey de Francia á abandonar su alianza con los herejes, y por último, á publicar una cruzada contra Gustavo Adolfo, que iba á pasar á Italia y saquear á Roma como Alarico. El papa pretextó su pobreza, prometió influir en la corte de Francia y eludió responder á las demas proposiciones. Irritados con esta negativa, los partidarios del emperador prurrieron contra el soberano pontífice: « Aplaudes las victorias de los Suecos; imbuido en la prudencia de los hijos del siglo, lee con más frecuencia á Maquiavelo que el Evangelio. » Se llegó hasta pedir la convocacion de un concilio general contra « un papa fautor de herejes. » Fernando envió un nuevo embajador á Roma; el duque de Savelli hizo presente á Urbano que la ruina de la casa de Austria sería seguida infaliblemente de la opresion entera de los católicos; que nunca habia habido una ocasion más apremiante para emplear los tesoros de la Iglesia contra los enemigos de la religion. El papa respondió « que Gustavo Adolfo hacia la guerra al emperador y no á la religion católica; que la guerra era puramente política; que si el emperador se veia reducido á una dura extremidad, debia quejarse de sí mismo y de los Españoles; que se habia hecho gastar al papa cuatro millones para defender los Estados de la Santa Sede contra los Alemanes en la guerra de Munster, y que el tesoro de la Iglesia se encontraba exhausto. » Viendo que no conseguian nada, los ministros del emperador se pusieron de acuerdo con el cardenal *Borgia*, embajador de España, para protestar contra la indiferencia del papa en un peligro tan grande para la religion. En medio de un consistorio el cardenal empezó un discurso sobre el peligro del catolicismo en Alemania y sobre la necesidad de atender á él: « Sin embargo, exclamó, Vuestra Santidad difie-

re todavía poner el conveniente remedio.» A estas palabras el papa se levantó é impuso silencio á Borgia. Borgia insistió y dijo que no se debía hacer callar á un cardenal que hablaba ante el sacro colegio de parte de un rey católico y sobre asuntos relativos al servicio de Dios y al bien de toda la cristiandad. Urbano, furioso, dijo al cardenal que se callára y saliera; que en el seno del consistorio el papa era el jefe y que los cardenales no tenían el derecho de hablar sino cuando les pedia su opinion. Entónces tuvo lugar una escena de un escándalo y de una confusion inexplicables; Borgia siguió protestando; los partidarios del papa quisieron hacerle callar; los cardenales adictos á España se declararon por el embajador de España. Urbano consintió, por último, en recibir por escrito la protesta. Respondió á ella que era ridículo asustar á los Romanos con una nueva irrupcion de los Godos; que la historia presentaba un ejemplo más reciente de la desolacion de la Italia, del saqueo de Roma y de las indignidades cometidas contra el papa y contra los cardenales, el de un rey de España; que Cárlos V habia unido la hipocresía al insulto, deplorando la toma de la ciudad, miéntras tenia prisionero al sucesor de San Pedro; no eran, pues, los Godos los únicos enemigos de la Iglesia » (1).

Urbano se excusaba mal al decir que la guerra no era religiosa; en Roma debía saberse lo contrario. Su sucesor le desmintió, negándose á firmar los tratados de Westfalia; si la guerra habia sido ajena á la religion, ¿se concibe que la Santa Sede hubiera protestado contra la paz en nombre de la religion? Es cierto que la guerra tenia tambien por objeto humillar el poder de la casa de Austria; ahora bien, la dominacion española era para los papas, por lo ménos, tan pesada como la de los reyes de Francia, porque, como más débiles, tenían que sufrir más con el orgullo de los señores de Italia. Hé aquí por qué Urbano VIII no abrazó la causa del emperador contra sus enemigos. El interes político dominaba al interes religioso. Si la política pontificia se inspiraba en consideraciones seculares, ¿podrá extrañarnos que la Iglesia se haya secularizado?

(1) Véanse las pruebas en LEVASSOR, *Historia de Luis XIII*, t. IV, p. 56-60.

N.º 2.—*Secularizacion de la Iglesia.*

En la Edad Media la Iglesia era un poder político; poseia una gran parte del suelo, y participaba, por consiguiente, de la soberanía que daba el suelo en el régimen feudal. En Francia el feudalismo fué absorbido por el poder real, y por consiguiente los obispos perdieron allí su poder al mismo tiempo que los demas poseedores de feudos. En Alemania los vasallos se convirtieron en semi-soberanos, y los prelados se aprovecharon de aquella revolucion. La paz de Westfalia introdujo un gran cambio en la condicion de la Iglesia alemana; comenzó la obra de la secularizacion, que ha terminado en el siglo XIX bajo la influencia de la revolucion francesa; concediéronse á los suecos y á los príncipes protestantes obispados y abadías á título de indemnizacion territorial. En otro lugar hemos llamado ya la atencion sobre la gravedad de este hecho (1); ¡la Iglesia fué despojada, y lo fué en provecho del protestantismo! Los bienes eclesiásticos eran cosa tan sagrada, que se castigaba como sacrilegos á los que osaban apoderarse de ellos; y al final de una guerra emprendida para volver á la Iglesia su antigua dominacion, se entregan, con conocimiento del emperador y sin hacer caso de las protestas pontificias, principados enteros á los enemigos de la Iglesia!

Un historiador de la paz de Westfalia dice: «que en Munster y en Osnabruck se jugaba con los obispados y las abadías, de la misma manera que juegan los niños con las nueces y avellanas» (2). ¿Quién tomó la iniciativa de aquella espoliacion? El emperador, el campeón de la Iglesia, el defensor de la Santa Sede. Los suecos reclamaban la Silesia como indemnizacion; en manos del emperador estaba el salvar los bienes de la Iglesia haciendo este sacrificio; pero Fernando III prefirió pagar á los suecos en moneda ecle-

(1) Véase el tomo IX de mis *Estudios históricos*.

(2) ADAMI, *Episcopi Hierapolitani, Relatio histórica de pacificatione osnabrugo-monasteriensi*, c. 24, § 1, p. 454.

siástica (1). El duque de Longueville escribe en 1647 al rey de Francia: «Los imperiales se muestran muy dadivosos con los bienes de la Iglesia; con tal que no se toque al patrimonio hereditario de la casa de Austria, les importa poco por el de San Pedro» (2). Se concibe que los obispos se hayan resistido vivamente á lo que llamaban una espoliación; negaron al emperador el derecho de consentir la cesión de los principados que eran propiedad de Jesucristo; apelaron á los sentimientos religiosos de todos los Estados católicos, y los hicieron responsables de la pérdida de las almas en los territorios que se cediesen á los herejes (3). A todas estas quejas el emperador oponía la necesidad: «Los católicos pedían la paz á voz en grito; la Francia, en lugar de defender la causa de la religión, le abandonaba; los suecos amenazaban, si no se cedía, con llevar más adelante sus triunfos y hacer protestante á la Alemania entera; ¿qué podía hacer el emperador más que ceder á la fuerza?» (4). La excusa del jefe del Imperio era una triste verdad; los suecos y los franceses dominaban en Munster y en Osnabruck. Los suecos eran enemigos declarados del catolicismo, y los franceses aliados pérfidos; en apariencia se oponían á la secularización, pero secretamente declaraban que solamente por fórmula y por dejar á salvo la reputación del rey cristianísimo (5). La Iglesia sufría la ley que el vencedor galo había proclamado en la Roma pagana: ¡ay de los vencidos!

La pérdida de algunos principados era poca cosa, pero revelaba un mal mucho más grave, la decadencia de la Iglesia. Cuando el Capítulo de Magdeburgo se quejó á Oxenstiern de la secularización, el canciller respondió á los canónigos «que cada régimen tenía su período fatal» (6). El período fatal de la dominación eclesiástica empezaba entonces; la paz de Westfalia fué el principio del fin. Hizo más que quitar á la Iglesia algunos obispados, le im-

(1) ADAMI, *Relatio histórica*, c. 11, § 1, p. 205.

(2) *Negociaciones secretas relativas á la paz de Munster*, t. IV, p. 76.

(3) ADAMI, *Relatio histórica*, c. 24, §§ 8 y 21.

(4) *Id.*, *ibid.*, c. 24, § 23; c. 25, §§ 5 y 6.

(5) *Negociaciones secretas relativas á la paz de Munster*, t. III, p. 5.

(6) MEIERI, *Acta pacis Westphalicæ*, t. IV, p. 292.

puso la tolerancia, y de la tolerancia á la indiferencia no había más que un paso.

N.º 3.—*El pontificado en el tratado de Westfalia.*

Por una singular ironía de la fortuna, el papa tomó la iniciativa de las negociaciones que dieron por resultado la paz de Westfalia; el legado pontificio fué el mediador de un tratado contra el cual se vió obligada á protestar la Santa Sede. Desde el principio de las negociaciones se vió claramente la imposibilidad de conciliar el cristianismo tradicional con las tendencias de la humanidad moderna. La guerra era una lucha de las dos confesiones cristianas; la reacción católica la había provocado con el fin manifiesto de destruir la Reforma. Treinta años de guerra probaban suficientemente que el protestantismo no podía ser destruido por la fuerza. Cuando se abrieron las negociaciones en serio, el partido protestante era más bien el que prosperaba; y es evidente que los protestantes, vencedores, habían de reclamar la libertad religiosa, si no la dominación. Esto es lo que el papa no quería, ni podía consentir. ¿Qué venía á hacer, pues, en las negociaciones? Su intervención, si se la toma en serio, fué un acto de torpeza política; debía prever que, si se hacía la paz, se vería obligado á rechazarla. Casi se inclina uno á creer que el soberano pontífice no intervino como mediador sino para perpetuar la guerra. Esto no es una calumnia; es positivo que el papa hizo todo lo que dependió de él para dificultar la marcha de las negociaciones; no escaseó las exhortaciones á la paz, pero sus actos estuvieron siempre en oposición con sus palabras.

En 1641 el emperador concedió una amnistía; hizo mal en no concederla completa, porque era el único medio de llegar á la paz. ¿Qué hizo el papa? Su nuncio protestó contra la amnistía, porque era contraria al interés de la religión y de la Iglesia (1). A su advenimiento, Inocencio X escribió al legado que los males de la cristiandad le arrancaban amargas y abundantes lágrimas.

(1) ADAMI, *Relatio histórica*, c. 2, § 15, p. 29.

¿Hará el papa una concesion para dar al mundo cristiano el beneficio de la paz? Recomendó á su legado que velase para que no sufriesen detrimento la religion y la dignidad de la Iglesia romana. Esto es ya bastante significativo en boca de un papa y en el momento en que se estaba negociando con protestantes. Inocencio añadió, para que no cupiera equivocacion respecto de sus intenciones, «que el legado debía defender *los derechos y las libertades de la Iglesia*, resistiendo con todas sus fuerzas á todo tratado que los menoscabase, y abandonar el Congreso ántes que consentirlo nada más que con su presencia; la causa de Dios debía dominar á cualquiera otra consideracion.» El legado pontificio anunció, por consiguiente, á los plenipotenciarios que no desempeñaría su oficio de mediador más que á condicion de que los intereses de la Iglesia habian de quedar completamente á salvo (1). Cuando se sabe lo que quiere decir en boca de un papa *los derechos y las libertades* de la Iglesia, hay que confesar que si el poder del soberano pontífice hubiera igualado á su buena voluntad, jamas se hubiera ajustado la paz. ¡De esta manera desempeñó el papa su papel de mediador!

La intolerancia católica era un obstáculo invencible para la pacificación. El nuncio no queria ni áun que los plenipotenciarios suecos presenciasen las observaciones que tenian que hacer los franceses á las respuestas del emperador, porque no podia haber ninguna relacion entre la Santa Sede y los herejes (2). Para que la pureza católica no fuese manchada con el contacto diario de la herejía, se separó el Congreso en dos secciones; una, la de los católicos, que deliberaba en Munster, donde residia el legado; la otra, la de los protestantes congregados en Osnabruck. A pesar de aquella singular separacion, eran indispensables ciertas conferencias entre ambas partes. Esto fué una grave dificultad para el nuncio apostólico. En efecto, «¿cómo preservar de toda mancha la virginidad de la Santa Sede?» Cuidó de hacer pasar por las manos del embajador de Venecia hasta los escritos que se referian á

(1) ADAMI, *Relatio histórica*, c. 4, § 4, p. 46, y § 5, p. 47.

(2) ID., *ibid.*, c. 9, § 2, p. 171.

los protestantes (1). Sin embargo, no habia paz posible á ménos que los católicos hicieran concesiones á sus hermanos separados; no solamente lo aconsejaba la prudencia, sino que era necesario, porque los suecos, vencedores, se hacian cada dia más exigentes. El emperador, despues de haber sostenido la lucha durante treinta años, vió que era necesario transigir; pero sus intenciones conciliadoras eran combatidas por el legado, el cual declaró en nombre del papa que, si el Congreso entraba á decidir las dificultades relativas á los bienes eclesiásticos y á la religion, la Santa Sede protestaria y lanzaria censuras contra los príncipes católicos (2). En efecto, la mediacion del nuncio quedó reducida á protestas; declaró de antemano que todos los convenios *contrarios al honor de Dios* serian nulos; que el tratado que los consagrara no sería una paz, sino *un monstruo abominable de una confusion horrible*; queria, dice, «que su protesta se repitiese al principio, al medio y al fin de todos los actos, cualesquiera que fuesen, y que perseverase hasta que todos los firmantes compareciesen ante el tribunal de Dios el dia del juicio final» (3).

El legado disponia de los votos de los Estados eclesiásticos que habian sido llamados al Congreso; rechazaron hasta el último momento las concesiones que la necesidad arrancó al emperador. Obligados á admitir la paz de religion, quisieron debilitarla poniendo restricciones á la igualdad de las dos confesiones; se opusieron á que los calvinistas fuesen comprendidos en la paz; pidieron que los anabaptistas y los demas sectarios fuesen formalmente excluidos del beneficio de la tolerancia; no quisieron oír hablar de un abandono perpétuo de los bienes del clero; en fin, propusieron reservar los derechos de la Santa Sede, lo cual destruía la paz en su fundamento, puesto que bajo el punto de vista de los derechos de la Iglesia romana, no puede haber libertad religiosa (4). Antes que la paz estuviese firmada, los católicos la condenaron ya como

(1) ADAMI, *Relatio histórica*, c. 18, § 9, p. 370: «*Ne sedis apostolicæ virginitatem aliquo cum protestantium causis commercio maculare videretur.*»

(2) ADAMI, *Relatio histórica*, 7, § 19, p. 134.

(3) MEIERI, *Emblemata ad historiam de pacificatione Westphalica*, p. 44, 45, 54.

(4) ADAMI, *Relatio histórica*, c. 25, § 10, p. 486-491.

un crimen de lesa majestad divina; cuando fué celebrada, á pesar de sus reclamaciones, la condenaron como impía (1), y el papa la declaró nula con su autoridad apostólica.

Hay una gran enseñanza en esta obstinación de los católicos y del papa en rechazar la paz de religion. Dicen hoy que nunca han sido intolerantes; pero para rechazar la acusacion de intolerancia tienen que hacer callar á la historia ó falsificarla. No, no aceptaron la tolerancia, sino que la sufrieron, y la sufrieron como vencidos, despues de haber cubierto la Alemania de sangre y de ruinas durante treinta años por mantener la intolerancia y la persecucion. Sea provechosa la leccion para las generaciones futuras; sepan que el catolicismo es intolerante, perseguidor por esencia, que la libertad no es para él más que una necesidad ó un disfraz. Que la leccion sea tambien provechosa para los historiadores y para la ciencia. ¿Á qué se reducen, en presencia de los hechos, las declamaciones de los escritores alemanes contra la intervencion extranjera? Los protestantes, dicen, hubieran conquistado la libertad religiosa sin la terrible guerra que ha desolado la Alemania. ¡Es decir que hubieran alcanzado de la complacencia de los católicos las concesiones que apénas han podido arrancarles treinta años de una guerra espantosa de derrotas y de destruccion! Dejémos de hipótesis: los hechos demuestran que la humanidad debe la libertad de que disfruta á la sangre derramada á torrentes en las guerras de religion, y la disfruta á pesar de la Iglesia, y la perdería el dia en que la Iglesia recobrara su dominacion.

§ VII.—La paz de Westfalia y la república europea de Sully.

N.º 1.—La paz de Westfalia.

El ilustre poeta que ha escrito la historia de la guerra de los treinta años pregunta: ¿para qué se ha derramado tanta sangre? ¿Para qué se han destruido tantas ciudades? ¿Por qué la civili-

(1) ADAMI, *Relatio histórica*, c. 31, § 16, p. 630.

zacion se suspendió durante medio siglo, hasta el punto de que la Alemania volvió, por decirlo así, al estado de barbarie? Estas preguntas necesitan respuesta, so pena de decir que el mundo está abandonado á una ciega fatalidad. Schiller responde que la guerra de los treinta años ha unido á los pueblos de Europa en una gran familia, en cuyo seno reinan la libertad y la paz (1). La realidad no respunde muy bien al ideal trazado por el historiador poeta. Es verdad que los tratados de Westfalia hicieron de la tolerancia una ley del mundo europeo; pero esto no llegó á asegurar la libertad religiosa. En primer lugar, áun cuando la mayor parte de las potencias de Europa hayan intervenido en Munster y en Osnabruck, la paz religiosa solamente fué obligatoria para Alemania; ántes de fines del siglo XVII se vió á uno de los firmantes de la paz ordenar las dragonadas para convertir á los hugonotes. Aun en su aplicacion á Alemania, la paz de religion no consagró la libertad religiosa. El emperador la rechazó con obstinacion para sus Estados hereditarios, declarando que ántes sacrificaría la corona y la vida que conceder la libertad de conciencia á sus súbditos protestantes (2). En realidad, el tratado de Westfalia dejó á salvo los derechos de los príncipes más bien que los de los pueblos. Será necesario un siglo de filosofía, la pérdida de creencias tradicionales, y una revolucion que eche por tierra todo el edificio de lo pasado, para dar á los hombres la libertad de hacer y de pensar. La paz de Westfalia no aseguraba mejor la libertad política de Europa que la libertad religiosa. Es verdad que la casa de Austria quedó humillada; el vínculo entre las dos ramas de Alemania y España quedó quebrantado, puesto que el emperador tuvo que obligarse á no socorrer al rey de España en su guerra con Francia; el imperio fué, por decirlo así, disuelto, al ménos en el sentido de que el poder imperial hubo de reconocer la independenciam de los príncipes. La Europa no tuvo ya nada que temer de los sucesores de Carlos V. Pero la preponderancia no desapareció; pasó del Austria á la Francia. Aún no estaba firmada la paz de Westfalia, y ya el temor de la ambicion francesa agitaba los ánimos.

(1) SCHILLER, *Geschichte des dreissigjährigen Krieges*, t. I, p. 2 y sig.

(2) AD. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VIII, p. 186.